

el vulgo, usa hacernos a todos con sus flores.

Desgraciadamente, no pasó una semana sin que se me bajaran los humos. Y la culpa de la cura de humildad tengo que echársela a don Antonio Vivaldi. Resulta que, en conmemoración del tercer centenario del nacimiento del susodicho compositor, hemos tenido en Madrid una auténtica semana vivaldiana. Comenzó con un concierto de I Solisti Aquilani en el Centro Cultural de la Villa y siguió por tres de I Virtuosi de Roma en el Real. Al de los Aquilani no pude ir; en cuanto a los de I Virtuosi, en principio pensaba abstenerme. ¿Razones? Para empezar, me resulta una presunción que unos señores se autocalifiquen de "virtuosi", aunque luego lo sean; después, no me suele gustar el barroco italiano interpretado por italianos. Esto segundo es una pedantería, pero no me importa reconocerlo, sobre todo cuando el propio director general de Música y dúque consorte acaba de declarar públicamente que se puede ser joven, pedante y encantador, dando incluso a entender que él mismo, en sus tiempos, fue las tres cosas.

No obstante, examinando los programas, me di cuenta de que I Virtuosi terminaba con "Juditha Triumphans", oratorio sacro-militar en el que están algunas de las mejores páginas de Vivaldi, y que resulta muy difícil de oír en concierto. La ocasión era para no dejarla pasar: un verdadero pastel de cumpleaños que consumir en honor a la inmortalidad del cura pelirrojo del Ospedale della Pietá. Así que me conseguí entradas —a cuatrocientas por cabeza, que no es mal precio—, y me las prometí muy felices para el acontecimiento.

Y, lo que son las cosas, el acontecimiento se convirtió en mi calvario. Resulta que el concierto lo organizaba la Autónoma y era para estudiantes, o sea, mayormente divulgativo, pero a la hora de la verdad se lo montaron en plan fino, acaso por el aquel de que se celebraba en ese club social más barato de España que para don Jesús Aguirre agota toda la realidad musical del país. Y las normas de ese club social son taxativas para la cosa del oratorio, sea éste sacro, militar o de los grandes expresos europeos: el que llegue tarde,



El único retrato auténtico de Antonio Vivaldi, realizado por Leone Ghezzi en 1723.

aunque sea sólo unos minutos, se espera toda la primera parte en el vestíbulo, y si se quiere consolar, puede seguir lo que pasa dentro a través de unos monitores de TV que lo dan en plano fijo, mismamente como si el realizador fuera Jean-Marie Straub, y de un equipo de transmisión de sonido que cumple su función a duras penas. A mayor abundamiento, si el maestro de turno y gran oficiante de la ceremonia decide hacer el oratorio sin interrupción, uno se tiene que quedar fuera no la primera parte, sino todo el concierto, si es que

aguanta, que normalmente no.

Pues bien: comoquiera que no hay quien aparque en la zona del Real en viernes desde que aquello se ha llenado de restaurantes y en el Real Cinema ponen "La guerra de las galaxias", pues resulta que no llegué a tiempo; por si fuera poco, al entrar me comunicaron que el señor director de I Virtuosi, maestro Renato Fasano, no iba a hacer intermedio. Total, que allí fueron las protestas, el dígaselo usted a la organización, el dígaselo al intendente, el son normas de la casa, que cosas así en estos sitios nunca faltan —ni organización, ni intendentes, ni normas, ni "la casa"— por mucho que el concierto sea divulgativo y para que los estudiantes se enteran de qué le iba el rollo al Vivaldi. Menos mal que, a fuerza de dicuir, aprovechando los aplausos del final de la primera parte y desafiando el airado gesto del maestro Fasano, conseguimos meternos a toda prisa y, tras echar a quienes se habían situado discretamente en nuestros asientos —Señor, Señor, que esto pase en sitios finos—, escuchar en directo la segunda parte. Digo escuchar, que no seguir, porque para colmo al programa le faltaba la hoja central, que era donde se recogía casi todo el texto de dicha segunda parte. Y, como uno sólo se entera del latín si lo vocalizan bien, que no fue el caso, pues eso, que no hubo manera de saber con exactitud cómo la heroína de Betulia dejaba sin cabeza a Holofernes.

O sea, que del pastel de cumpleaños, un trozo, estropeado por una mala contemplación de cómo otros se beneficiaban el resto y un defecto de confección del programa y, por si fuera poco, empujados además por las veleidades del maestro Fasano, que todo el respeto que mostró hacia las formas lo podía haber tenido también con la obra, a la que metió tijera a menudo.

Así que, ¿qué les puedo decir tras tanta decepción? Si quieren, les hablo de "Juditha", pero tendría que hacerlo por sus versiones discográficas —hay dos en el mercado nacional, una cortada y la otra entera— y no por el concierto. Que de éste sólo saqué la conclusión de que no soy importante: por llegar tarde, me aguanté como cada quisque con la parte chica del pastel, y gracias. Y felicidades al señor Vivaldi por cumplir trescientos años a pesar de todo. ■ JOSE RAMON RUBIO.

Bloque: una historia de resistencia

Por supuesto, también el rock de este país tiene tendencias centripetas. Para (mal) vivir practicando esta música maldita, se hace necesario residir en Madrid o Barcelona, donde existe una mínima infraestructura que hace posible grabaciones y actuaciones regulares. Sin embargo, hay grupos que se niegan a dejarse engullir por esas ciudades y que se quedan en sus lugares de origen, trabajando en condiciones poco favorables para el desarrollo de su música, pero conectados con su realidad matriz. Este es el caso de Imán (Sevilla), Coto-en-Pel (Valencia), Costablanca (Alicante) y otros navegantes contracorriente. Este es el caso de Bloque, cinco músicos de Santander que, al fin, han pasado al disco.

Bloque destacaron en el Festival de Burgos de 1975 por ser el único grupo rockero que cantaba únicamente en castellano y que, además, contaba con un repertorio

propio. Luego pasaron por períodos de crisis —pérdida del equipo, cambios de personal—, pero han continuado haciendo gala de su testarudez, tocando en todos los rincones del país, perfeccionando los aspectos técnicos de su sonido y adquiriendo fortaleza en medio de las adversidades. Su lucha por expresarse, por ofrecer el mejor sonido posible, resulta auténticamente insólita y hasta enternecedora.

El primer LP de Bloque (1) está marcado por todas estas experiencias. Desde la primera escucha es evidente la solidez de sus instrumentistas, la madurez de sus arreglos; hasta las más ingenuas de sus primeras composiciones ("Abelardo y Eloisa", "Joven, levántate") han alcanzado una intensidad revivificadora que las hace tolerables. Todavía es posible hallar ecos de las inevitables primeras influencias, pero también se aprecia una búsqueda de soluciones más originales dentro de los esquemas del rock eléctrico cantando en castellano, por la vía felizmente utilizada por tantos grupos argentinos.

Tal vez lo más interesante de este debut sea la cara "B", titulada genéricamente "Conociendo a Abraxas", que consta de media docena de temas encadenados con abundantes contrastes de clima y ataque. Aunque sus divagaciones místicas no sean muy didácticas, las partes instrumentales muestran a un grupo inteligente y con posibilidades. Este disco contiene las canciones que han formado la base del repertorio de Bloque durante tres años y era necesario hacerlo para cerrar ese capítulo, para exorcizar sus días difíciles. Ahora, como dice el título de uno de sus mejores temas, Bloque pueden dedicarse a la libre creación. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

(1) Bloque (Chapa HS-35.002, 1978).

